

Paisanos itinerantes: un laboratorio de historia social e historia política popular. Comentarios al libro de Ricardo Salvatore

Beatriz Bragoni*

Resumen

El comentario puntualiza las principales contribuciones del libro de Salvatore sobre la experiencia social y política de los sectores populares en la provincia de Buenos Aires bajo la hegemonía de Juan Manuel de Rosas. En particular, recupera el arsenal de conceptos y metodologías puestas en juego para restituir, probar y reinterpretar las prácticas y representaciones sociales que gravitaron en la formación del orden social y estatal del mundo rural bonaerense.

Palabras clave: Estudios subalternos - Rosismo - Buenos Aires - Siglo XIX

Wandering Paysanos: a laboratory of social history and popular political history. Comments to Ricardo Salvatore's book

Abstract

The comment points out the main contributions of Salvatore's book on the social and political experience of the popular sectors in the province of Buenos Aires under the hegemony of Juan Manuel de Rosas. In particular, it recovers the arsenal of concepts and methodologies put into play to restore, test and argue social practices and representations that gravitated in the formation of the social and political order in Buenos Aires.

Key words: Subaltern studies - Rosismo - Buenos Aires - XIX century

Fecha de recepción: 15-09-2019

Fecha de aceptación: 17-12-2019

* Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA-CONICET). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo). Argentina.
E-mail: bbragoni@mendoza-conicet.gob.ar

1

En algún lugar del libro, Ricardo Salvatore ubica un rasgo distintivo del mundo social en que se dispuso a interpelar la experiencia de los sectores populares en la Buenos Aires de Rosas. “Mucha tierra y poca gente”, anota, con lo cual nos recuerda un factor crucial al que se enfrentan historiadores y ensayistas atraídos por restituir e interpretar la especificidad rioplatense en el contexto hispanoamericano del temprano siglo XIX. Una singularidad regularmente subrayada por la historiografía académica que invita, una y otra vez, a develar el peso de las condiciones o estructuras en el modelaje del orden político que siguió a la revolución de independencia y el desigual archipiélago de provincias que emanaron del colapso de la antigua unión a partir de 1820.

Al momento de publicar su libro, fruto de una paciente e intensiva investigación en archivos locales, y en cotejo con la agenda académica internacional y norteamericana atraída por los estudios mexicanistas y peruanistas, la historiografía argentina se venía acoplando a un debate que había desmantelado, o dejado en suspenso, las concepciones que habían prevalecido en el examen sobre el “sistema-Rosas” en Buenos Aires. Sin duda, la vertiente de estudios subalternos, y la atractiva visión del poder de agencia de “los de abajo”, había puesto en duda el clásico binomio patrón-cliente, y también el que atribuía al Restaurador de las Leyes la más fiel expresión de la representación de la clase terrateniente. Esa genealogía resulta escrutada en el texto sobre la base de la doble convicción de que la sociedad pampeana reveló ser más móvil que su economía (como subrayó oportunamente Carlos Mayo), y de que el ciclo de guerras la dotó de mayor movilidad en un contexto de mano de obra escasa y limitada coacción estatal.

En torno a esas convenciones, y en contraste con las visiones anteriores y simultáneas a los progresivos avances que publicó en vísperas a reunirlos en un volumen unitario, Salvatore intercepta la hipótesis que orienta la construcción de evidencias en torno a la expresión local del liberalismo popular, esto es, de las formas en que los paisanos itinerantes ejercieron su poder de agencia en la defensa de intereses y derechos de mercado de cara a la escasez de mano de obra, la difusión del trabajo asalariado, la alta movilidad espacial y la escasa capacidad de coerción privada y estatal.

Se trata de una interpretación disonante con las versiones generalmente difundidas y que habían hecho de la relación patrón-cliente y la victimización del campesinado o del gaucho un tópico medular de la historia social de la campaña bonaerense, y consagrada en el principal poema nacional. Esa imagen del gaucho desvalido y que fuga de la autoridad como puede, es la que resulta interpelada mediante una investigación que invierte la marginalidad en beneficio de iniciativas la mayoría de las veces autónomas (no colectivas), convirtiéndose en semillero de la asimilación del liberalismo en los sectores populares, y en testimonio firme de las motivaciones que explican las estrategias de resistencia y, lo que no es menor, los canales de integración en orden social y político en construcción.

2

Semejante empresa historiográfica debía nutrirse de componentes centrales a los que debe someterse quien pretenda atravesar las gruesas capas de interpretaciones construidas en los siglos XIX, XX y XXI sobre la experiencia de los sectores populares en la era de Rosas. Por un lado, el texto interroga una y otra vez las versiones ofrecidas por los contemporáneos y, de manera simultánea, coteja sus resultados con los de sus pares, un ejercicio no siempre frecuente que le permite contrastar y robustecer argumentos en base a la comprobación empírica. La operación historiográfica que practica se revela entonces como un verdadero laboratorio de experimentación teórica y metodológica, que jerarquiza el trabajo de archivo y establece conexiones significativas en torno a la interacción social y política.

La intensificación de la “práctica de archivo” pone de manifiesto que Ricardo Salvatore asumió la recomendación de tomarse en serio la “voz” de los actores sociales y los riesgos que implica. Sobre todo, las lagunas de información y las dificultades de interrogar a los menos documentados por las mediaciones explícitas de la documentación que utiliza. Un corpus estructurado sobre la base de las “filiaciones” de los enrolados en las milicias y el ejército federal que expresa preferentemente a varones jóvenes sujetos a la obligación militar, y los expedientes y documentos producidos por los custodios territoriales de los pueblos bonaerenses. En torno a ello, la idea de “creación de archivo en la pampa”¹ resulta muy atractiva en cuanto constituye una “casuística” formidable para realizar tratamientos cuanti-cualitativos que permiten atemperar y complejizar el abordaje muchas veces normativo-legal, el de la prensa, el parco lenguaje de los censos o la habitual apelación a los estudios de caso.

Los resultados son relevantes en cuanto ofrecen una nueva narrativa que desmonta o desplaza la prevaleciente en el relato oficial y de la recuperada por la historiografía clásica en sus variantes liberales o revisionistas. La historia de los paisanos itinerantes, esto es, la “clase de peón de campo” -haciéndose eco de una voz de época-, se presenta como narrativa de transición en la que prevalecen relatos de los subalternos mediante los cuales restituye, prueba y argumenta la naturaleza esquivada y, al mismo tiempo, disciplinante del vínculo o contrato con el estado, sobre la base del poder de negociación de los mismos en el mercado de trabajo ante la escasez de mano de obra.

3

Salvatore organiza el libro en diferentes secciones mediante las cuales involucra al lector en una serie de análisis orientados a demostrar el modo en que los paisanos itinerantes registrados en la

¹ Ricardo SALVATORE, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, p. 243.

Buenos Aires de Rosas hicieron efectiva la experiencia del mercado y del estado en sus dimensiones materiales y simbólicas. Para ello, recurre a los enfoques teóricos e historiográficos más aptos o eficaces para identificar e interpretar el lenguaje, las prácticas y las representaciones de los actores que persigue. La primera resulta particularmente aleccionadora del cambio de registro introducido para interrogar la acción social de los subalternos en aquel contexto: en particular, porque al depositar su atención en las resoluciones prácticas de los peones de campo frente a la experiencia de mercado y el vínculo monetario, consigue poner de relieve el modo en que la naturaleza contractual de las relaciones entre patrones y los peones de campo era la que abría las puertas a todo un arco de libertades, licencias y negociaciones en la que la famosa papeleta de conchabo y la coacción era menos estricta que la descrita por visiones revisionistas o populistas. En su lugar, las evidencias reunidas le permiten postular que las resistencias al poder del mercado y de los empleadores residían en la naturaleza indefinida de los contratos y, lo que no es menor, en la "ética igualitaria" difundida entre los paisanos de Buenos Aires y del interior desde la era de la independencia. Esa experiencia aparece también animada por un dato que resulta obvio para los actores que estudia: la certeza o el conocimiento práctico que disponían sobre la dificultad de contratación estable en el ciclo de expansión rural, que se convertía en un estímulo primordial para negociar el salario y, en caso de no obtenerlo, apelar a la movilidad espacial como recurso o estrategia alternativa.

Ese aprendizaje individual sobre las condiciones de mercado (que es también colectivo), Salvatore lo escruta en el "orden de apariencia", esto es, como criterio de distinción y clasificación social. Lo hace mediante un indicador muchas veces representado por los artistas que retrataron las bases sociales del rosismo, que erige al vestuario y los colores como rasgo distintivo de la "clase de peón rural", y que destaca la diferenciación e identificación política. En su caso, la indumentaria como factor descriptivo cede terreno a favor de la ropa desde el punto de vista de la tímida diversificación de la oferta y de las exigencias militares que servían para identificar a los propios, distinguir batallones y dignificar a los soldados. Un fenómeno que bien vale recordar había sido crucial en los ejércitos revolucionarios rioplatenses, y aún en los que no lo eran, como lo ilustran las gestiones del malogrado patriota chileno José Miguel Carrera para suministrar uniformes a los soldados rescatados de las cárceles y regimientos en la Buenos Aires después de Cepeda. Pero también la ropa o el "materialismo textil", la vertiente teórica que la conceptualiza, sirve a Salvatore para arriesgar o poner a prueba lo que en realidad le interesa, que no es otra cosa que abonar evidencias sobre la falsa ilusión del "igualitarismo rosista", el proceso de formación de clase a partir de conflictos por la ropa y sus adornos y el litigio por la apariencia, la distinción y el éxito económico. En otras palabras, esa atenta y sutil observación y restitución exhumada de expedientes judiciales se convierte en indicador de la integración al mercado de los paisanos, que parece reforzarse cuando el unanimismo y federalismo rosista es sustituido después de Caseros por la multiplicación de la oferta que haría del vestido una marca de clase.

Un segundo núcleo de problemas hace de la ley, el delito y el castigo las principales ventanas de exploración del libro. Con ello, Salvatore ofrece importantes argumentos sobre el peso de la ley en la retórica federal, la eventual asimilación por parte de los paisanos y las resoluciones prácticas de la justicia territorial que animaron la transferencia de la justicia militar al fuero civil. Un rasgo por cierto crucial de la construcción de hegemonía rosista y, por consiguiente, en fuente de resistencia subalterna. Para ello, el autor apela a las fuentes más confiables para extraer conclusiones significativas sobre el proceso de construcción del delito y del delincuente, y también recoge testimonios esclarecedores sobre la experiencia del castigo. Los expedientes judiciales, esos registros confeccionados por los jueces de paz distribuidos en la enorme geografía bonaerense, son los que le permiten escrutar al “ras del suelo” (como diría Jacques Revel) una experiencia común y, al mismo tiempo, multiforme de la manera en que el lenguaje y la práctica estatales operaron de manera decisiva en el remplazo de la “anarquía” y los “anarquistas” por la entronización del “orden” y la correlativa tipificación del delito y del delincuente. Y si la paciente pesquisa realizada en base a los expedientes judiciales permite identificar, siguiendo la huella thompsoniana, el pasaje de la ley y la justicia basada en la “costumbre” y la “economía moral” al imperio de los tribunales y del positivismo jurídico, también le permite ofrecer una estadística del delito que hace foco en la propiedad y el desafío a la autoridad. El robo y la deserción constituyeron entonces los delitos más frecuentes, y también resultan regulares los perfiles sociales clasificados como delincuentes: se trata la mayoría de las veces de paisanos itinerantes, es decir, varones jóvenes, analfabetos y pobres de cuyos interrogatorios no emana evidencia firme de comportamientos inscriptos en algún tipo de repertorio de acción colectiva subalterna. En cambio, el escrutinio del delito restituído mediante los partes de los jueces de paz bosquejan un nuevo mapa de la conflictividad rural bonaerense que matiza la clásica segmentación entre el norte y el sur, y complejiza el análisis haciendo notar la variable capacidad del estado, la vulnerabilidad de las comunidades agrícolas para frenar ataques contra la propiedad, el conocimiento del fugitivo de la capacidad coactiva por partido, y las iniciativas de los desertores de usar en su provecho la sociabilidad contenciosa en áreas suburbanas.

La experiencia punitiva del orden rosista hubiera quedado incompleta si Salvatore no hubiera hecho del castigo un capítulo necesario para entender la forzada domesticación de la obediencia de la que fueron objeto no solo las díscolas elites que desafiaron el poder del Restaurador, sino que se hizo patente entre los sectores populares. Y si Salvatore realiza un magistral repaso de los testimonios ofrecidos por Eduardo Gutiérrez sobre la masacre de los indios pampas de 1834, y el concesivo relato diseñado por Gálvez (que recuerda también la reflexión halperiniana sobre el principal legado del rosismo en la generación que le siguió), su argumento refuta la común interpretación que atribuyó como único destinatario de la violencia estatal a los hombres de levita y cultura: los unitarios. En su lugar, Salvatore ofrece evidencia firme de la manera en que la pedagogía del terror afectó también a la “clase proletaria”, haciendo del espectáculo del castigo un rasgo central de la vida de los subalternos y, en especial, de los desertores. En particular, de la porción de hombres que mayor movilidad tenían,

es decir, sobre la “clase de peón de campo”, porque eran los que estaban en mejores condiciones para desafiar la autoridad al disponer de recursos y argumentos enraizados en la defensa de la igualdad social y la tradición de apropiación directa del sustento o sobrevivencia.

Como no podía ser de otro modo, Salvatore encara el examen del servicio militar y de su contracara, la desertión, como experiencia angular de las formas de integración y resistencia de los sectores plebeyos. Parte de convenciones teóricas e historiográficas extendidas que erigen a los ejércitos como instituciones capaces de nivelar diferencias sociales en beneficio de la fundación de nuevas jerarquías lubricadas en la unidad de mando, la subordinación y el interés común. Pero tales convenciones resultan complejizadas al momento de exhumar los perfiles y móviles de más de un centenar de desertores del Ejército federal, integrado no sólo por porteños. Porque si bien esa rica cantera de información le permite inferir la radical nivelación producida en regimientos o cuerpos de milicias, también lo habilita a postular que la obediencia y la negociación eran el complemento de la desobediencia y la subordinación. Tales resultados no sólo son relevantes a la hora de entender la microfísica de la obediencia y de la protesta operada en regimientos o batallones; también resultan ilustrativos de la naturaleza del contrato militar inaugurado en la era de las independencias, la dimensión material que lubricaba la obediencia o la quebraba y, lo que no es menor, el modo en que las mujeres (madres o esposas) apelaban a la autoridad para eximir a los varones de la familia del servicio militar.

Pero tal vez la mayor originalidad del tratamiento realizado por el autor reside en que ofrece un mayor grado de verificación de los móviles que intervenían en la desertión de los soldados de Rosas. Y allí la impresionante muestra de 178 casos resulta aleccionadora. Ante todo, porque se trata de un número envidiable que robustece argumentos ya conocidos y da a conocer otros nuevos: en especial, detecta una variedad de motivaciones que incluyen el miedo al castigo, asuntos familiares, incumplimiento del contrato, enfermedad u otros. Pero también descubre las preferencias espaciales de los desertores. En primer lugar, la ciudad y sus alrededores, porque los salarios eran más altos y había mayores oportunidades de empleo; en segundo lugar, la atracción ejercida por las faenas de campo en virtud de la disponibilidad de contactos con distintos tipos de empleadores, y el recurso esquivo ejercitado por algunos de recurrir al anonimato para eludir el castigo y crear una nueva identidad con el fin de radicarse en algún pago que devala con otros paisanos.

4

Salvatore completa su propia incursión sobre el pasado político rosista con un estupendo tratamiento sobre el papel de la guerra, los rituales y la narrativa de la federación en la edificación de la nación. Un propósito estimulante y nunca abandonado por la literatura histórica y ensayística dedicada a rastrear las dimensiones materiales y simbólicas de una experiencia común y al mismo

multiforme del archipiélago de provincias que erigieron al Restaurador de las Leyes porteño en Jefe de la Confederación argentina hasta 1852.

Para hacerlo, vuelve a tomarse en serio la voz de los actores que vivifican su pesquisa. Ese motivo lo conduce a postergar el análisis del discurso letrado o constitucional (que de ningún modo desconoce), y se propone recuperar el recuerdo de la guerra, el “olvido de la antigua Patria” y restituir los pormenores de una nueva, la patria unanimista y federal entronizada desde 1835. Y si la selección de testimonios de los antiguos guerreros constituye una muestra insuperable de la selección de recuerdos y olvidos por la que la revolución deja de ser valorada en beneficio del orden (el de Rosas), el examen de la liturgia y el relato estatal constituye una dimensión relevante pero no la única de la construcción de identidad política de “los de abajo”. Junto con ella, Salvatore coloca la trayectoria del viaje en la geografía de la guerra civil como experiencia modeladora del recuerdo individual y activado por los interrogatorios de donde emanan las representaciones que asocian a la federación con la nación que no parece estar inspirada en alguna filiación doctrinaria, sino sostenida en un repertorio de objetos, símbolos y poemas transmitidos de forma oral gracias a una sociabilidad dispersa y al mismo tiempo radicada en pulperías, regimientos o celdas. Pero lo que ofrece Salvatore en este libro avanza más allá de la experiencia política de los soldados porteños por la sencilla razón de que el 63% de los peones y jornaleros interrogados por uno de los edecanes de Rosas, el mendocino Manuel Corvalán (el fiel ejecutor de los dictámenes de San Martín en Cuyo), eran oriundos de Santiago del Estero, Córdoba, Mendoza, Tucumán y Santa Fe. Por consiguiente, tales evidencias no solo atestiguan el peso de la guerra y de la política en la desvinculación y evaporación de la patria chica; sobre todo, ponen de relieve la geografía imaginaria de la nación entre los pobres y analfabetos, a despecho de los conceptos y doctrinas que habían ganado difusión en los debates legislativos, en la prensa y en las tertulias animadas por los románticos argentinos.

Bibliografía

SALVATORE Ricardo, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, p. 243.